

RESEÑA DE NICOLÁS BERNALES, *LA GEOGRAFIA DELL'ESILIO* (ROMA, ENSEMBLE, 2023)

Matteo Lefèvre
Universidad de Roma Tor Vergata

La geografia dell'esilio es la primera novela de Nicolás Bernales, un autor chileno con una escritura rica y brillante, capaz de atraer al lector tanto por la profundidad de los contenidos como por el estilo sólido, seco e inmediato. Y es un curioso caso literario, en cierta medida, ya que la obra, originalmente escrita en castellano, se publicó en Italia, y en italiano, antes que en el mundo hispánico. En este libro, publicado hace sólo unos meses, Bernales nos lleva adelante y atrás en el tiempo y el espacio, desde los años setenta hasta la contemporaneidad, de Santiago a Roma, de Londres a Sicilia, contando una historia inquietante y a la vez romántica, oscura y tierna, envolvente y rabiosa, a veces desarmante.

El protagonista, Nicolás Sánchez, un *alter ego* explícito del autor, nos ofrece desde el principio una clave de lectura del contexto histórico y social en el que se desarrollan los acontecimientos: "Aquí, en Chile, nos queda la reputación del 'País de los poetas', pero ahora sólo sobrevive el símbolo y el eslogan. Hoy, lo único que se celebra con orgullo es el acceso al consumo y a la hipoteca". Esta breve reflexión, irónica y lacónica al mismo tiempo, delimita efectivamente las coordenadas geográficas y circunstanciales del relato: se trata del Chile de los años noventa, la época de la llamada "post-dictadura", con el giro democrático que siguió al régimen del general Augusto Pinochet, quien, como muchos recordarán, derrocó al gobierno de Salvador Allende mediante el golpe de 1973.

En la obra, además, se revelan varios aspectos del trauma colectivo de este evento, que este año conmemora su cincuenta aniversario y que ha visto florecer numerosas manifestaciones de contrición pública y reivindicación, de revisionismos y cambios de perspectiva. Y hablando de cambios, la anterior cita también revela el panorama económico en el que, en diferentes niveles, se sitúan los personajes y eventos de la novela: un escenario en el que destaca el triunfo de un capitalismo agresivo y caprichoso, en su mayoría corrupto, vinculado perniciosamente a las conveniencias de los partidos, así como el advenimiento de una sociedad del bienestar "virtual", basada en una economía esperpéntica y en préstamos a tasas favorables. Por supuesto, nada nuevo bajo el sol: todo esto es el reflejo de una globalización que, más allá de cualquier teoría financiera, ha impuesto a las personas modelos y aspiraciones, incertidumbres y fracasos.

En cierto sentido, un "fracasado" es el protagonista del libro, como indica el título de uno de los primeros capítulos: "Bueno para nada". Es una etiqueta que no solo alude a un balance familiar deficitario, sino también a un fracaso en todos los aspectos: profesional, sentimental y moral que afecta al sujeto y a su relación con los demás. En este cuadro, volviendo al pensamiento del que partimos, "símbolos" y "esloganes" se convierten en emblemas de un vacío sustancial en el que el espacio para la esfera íntima, la conciencia crítica y las actividades relacionadas, como la literatura en primera

instancia, parecen relegarse a un plano claramente secundario, a la marginalidad, casi a la infamia.

En esta atmósfera sombría comienza la historia en la que Nicolás, desde su primera aparición en escena, muestra una distancia sideral respecto a los “valores” celebrados por su época. De hecho, podríamos decir que encarna todo lo que la sociedad chilena contemporánea tiende a ignorar. Es un hombre poco productivo, un esposo inestable (y “cornudo”, como pronto se descubre), un padre cariñoso y sensible en un mundo competitivo y machista; trabaja en una oficina para sobrevivir, pero dedica lo mejor de sus energías a escribir cuentos que solamente interesan a revistas especializadas o pequeñas editoriales. No es un hombre sin cualidades, claro está: el problema es que sus talentos y sus preferencias no se encuentran en sintonía con un entorno obsesionado por el dinero, y aún más por el éxito. Sin embargo, el narrador parece luchar siempre contra esta visión utilitarista: “una vida podía quedar incompleta, mal construida, llena de vacíos y, a pesar de eso, con el tiempo, al unir las piezas, brillar”. Desde esta perspectiva, la vida es como la creación artística, el único y verdadero interés del protagonista, o al menos el más auténtico: la obra de arte nace de la inspiración intelectual, del fragmento espontáneo, del destello retórico para luego llegar a la solemne belleza del conjunto.

Por otro lado, el juego meta-literario -y, se podría decir, también “inter-semiótico”- es parte integral del mosaico narrativo. No solo hablamos de los cuentos esbozados por Nicolás, que vale la pena destacar, ocupan páginas enteras del libro, sino también de las numerosas referencias intertextuales que llenan los capítulos: desde las más evidentes, con las citas explícitas de grandes poetas de Sudamérica como Nicanor Parra, Gabriela Mistral e Ida Vitale, hasta los homenajes a los maestros de las letras europeas, como Dante, Virginia Woolf, Proust, Sciascia, entre otros, a las estrellas del cine internacional (Orson Welles, y de la música, desde Talking Heads hasta Iggy Pop).

Volviendo al hilo principal del discurso, a los elementos que nutren el entramado y la escritura de Bernales, el título italiano del libro, *La geografía del exilio*, se vuelve crucial para la interpretación del texto. La condición del protagonista y las vicisitudes en las que se ve envuelto lo llevan inicialmente a considerarse una especie de “exiliado” en su propia tierra, un pez fuera del agua en un mar bastante agitado. Paradójicamente, es ahí cuando tiene lugar su exilio real, es decir, cuando elige dejar Chile y se sentirá finalmente cómodo, gozando de una nueva posibilidad de existencia. Y la paradoja es aun más evidente si se piensa que abandona definitivamente su tierra ingrata para instalarse en Italia en años igualmente siniestros para la historia política y social del país, los del nuevo y engañoso “milagro italiano”. El exilio del personaje, en cualquier caso, no responde a un simple deseo de evasión, no es una elección cosmopolita frente al clima asfixiante de su propio mundo. Se convierte en una necesidad ante el precipitar

de los eventos alrededor de los que la trama de la novela adquiere progresivamente un matiz angustiante, hasta el punto en el que el hombre, casi a su pesar, se deja arrastrar por el engranaje de la maquinaria del poder.

Todo comienza en medio de una rutina diaria en la que Nicolás lleva una existencia cansada junto a su esposa Laura, quien cultiva intereses muy diferentes (también en el ámbito sentimental), y su hijo José, a quien profesa un amor incondicional, que es para él una verdadera tabla de salvación. En el trasfondo de sus vidas, flota la figura “negra” de Gustavo Infante, encarnación del lado más oscuro de una política sin escrúpulos, que no solo resulta ser el amante de su esposa, sino que además lo involucra en un peligroso juego de lavado de dinero. Es el clásico circuito de la financiación ilícita de los partidos políticos, según una costumbre antigua que encontró terreno fértil especialmente en Italia durante décadas y que fue destapada, en esos mismos años noventa, durante la temporada de la así llamada *Tangentopoli*. De hecho, en lo que pronto se encuentra envuelto el protagonista es, precisamente, una especie de *Tangentopoli* chilena, por lo que en la segunda parte de la novela, entrelazada con las cuestiones privadas, nos encontramos con las circunstancias clásicas del *legal thriller*, con un aumento creciente de la tensión causado por situaciones escabrosas, por los riesgos que el imprudente Nicolás se ve obligado a enfrentar. Entre corruptos, *rompecuellos* y otras personalidades que se mueven en el submundo existente entre la esfera pública y la delincuencia, él termina en una trituradora de la cual solo la colaboración con la fiscalía parece poder sacarlo. Es una elección difícil y dolorosa, pues la propia Laura está involucrada en este torbellino de negocios y corrupción, y finalmente será una de las víctimas de este mecanismo. Del mismo modo, las investigaciones de los tribunales están lejos de ser transparentes, así como los métodos de los policías y los fiscales.

El cuadro se vuelve cada vez más tenso y dramático, y al final la única opción posible parece ser la fuga, el exilio voluntario a una Italia que el autor, con un equilibrio poco común, nos presenta con abundancia de detalles y sin caer nunca en el estereotipo o, peor aún, en una visión de caricatura. Aquí, entre Roma, Venecia y Sicilia -que será su destino final-, un Nicolás Sánchez más libre y consciente sabrá dejar atrás las circunstancias deprimentes de los meses anteriores, e intentará rehacer su vida junto a su hijo y unos pocos amigos de confianza.

Cabe señalar que los personajes de la novela, aunque representen ejemplos paradigmáticos, muestran un buen porcentaje de autenticidad. La dimensión autobiográfica, además, permite al autor hacer sentir con frecuencia su propia voz, su propio juicio crítico sobre Chile y sus distorsiones a través del protagonista. Los pensamientos de este último, como hemos subrayado, sintetizan completamente la naturaleza de “exiliado” que ambos Nicolás, el real y el ficticio, viven en la relación irresuelta con su propia patria, con una política y una sociedad que a lo largo de los

años han marginalizado las razones y los deseos más verdaderos del ser, y ni siquiera han respetado las promesas de cierto progresismo liberal ostentado.

En un mundo, otra vez, real y literario, la novela abarca la psicología humana en toda su complejidad, entre la inacción, la traición, la venganza, el arrepentimiento, etc., los mecanismos profundos que se convierten en los motores de la máquina narrativa y alimentan el desarrollo de la historia según una costumbre presente desde siempre en la mejor literatura. Y precisamente la literatura, como nos recuerda Nicolás hacia el final del libro, es lo que da sentido a los acontecimientos, lo que permite unir los fragmentos, o más bien, los pedazos a los que a menudo dan lugar las asperezas de la existencia; juntar las piezas de una crónica ingenua y sentimental que parece ser la única creíble en el momento en que un escritor está llamado a analizar y reconstruir a su vida, a su vocación: “Esos pedazos eran solo míos: la historia con Laura, la participación de los magistrados, [...] la culpa y la sospecha. Podía construir otra realidad con lo que sabía. Esa era la función del arte, ordenar lo incontrolable desde la ansiedad. Pero aún no tenía la voluntad o la fuerza. Aún no”. Y sin embargo, el autor encontró esa voluntad y esa fuerza: en la “geografía” del cuerpo y del alma, en el “exilio” físico, moral y literario, desde el cual Bernales nos envía un mensaje claro, lleno de pasión y de futuro.